

y esconderé mi boca
en ese polvo que mi planta toca.»

Apenas estas palabras
suben á las fulgorosas
regiones de luz eterna,
donde los ángeles moran,
cuando el santo anacoreta,
cuya megilla rugosa
presta cauce en hondos surcos
á el río que en blandas olas
de llanto su amor publica
y su humildad religiosa,
siente una música extraña,
cuyas suavísimas notas
antes qua al oído lleguen
con ansia el alma devora;
que el alma rompe su encierro
cuando espera portentosas
revelaciones, á imagen
de la esposa encantadora
que sale de la ciudad,
donde vive entre congojas,
á recibir anhelante
al tierno esposo que torna
á sus brazos, pues los muros
de estrecho pueblo le ahogan.

Absorto después contempla
el ermitaño en las toscas
paredes de su retiro,
entre clara luz remota,
dibujarse suavemente

un ser de divinas formas.
No sabe si un ángel es;
mas se arrodilla y adora,
que al nuncio de Dios conoce
en los signos de su gloria;
y en tanto que está de hinojos
en actitud respetuosa,
el celestial enviado
le dice con voz sonora:

—«Varón de Dios querido,
escucha los oráculos del cielo,
que ya compadecido
de tu amoroso anhelo
te manda por mi voz dulce consuelo.

En premio del profundo
amor que entre humildades atesoras,
el gran Creador del mundo,
á quien rendido adoras,
te revela el secreto que le imploras.

Sabe que en esa higuera
que la ciencia del hombre, torpe y vana,
confunde, humilla, altera,
mora la Soberana,
á cuyos piés la luna brilla ufana.

En copia de alabastro
allí se oculta la inmortal grandeza
de la que enciende el astro
de celestial pureza
y es modelo de amor y de belleza.

Por eso el que á la fuente
que allí vierte raudales de agua pura

aplica el labio ardiente,
ya tiene... ¡cuán segura...!
su preciosa salud y su ventura.

Ve, pues, y dí al Prelado
el secreto que el cielo te confía,
y el pueblo afortunado
que en tanto amor se cría,
rinda de amor tributos á María.»

Del ser misterioso luego
la imagen se descolora,
dejando sólo por huellas
nubes de nacar y rosa;
extasiado el ermitaño,
ni aun respira, y de su boca,
sin que los labios se muevan,
santas oraciones brotan.
Al cielo quiere volar;
mas el cuerpo se lo estorba,
y sólo entonces comprende
que arrastra terrena escoria.

El uso de sus sentidos
á lento paso recobra,
y á Dios de nuevo da gracias
por la señalada honra
que acaba de concederle,
anhelando de la aurora
ver la primera sonrisa
para terminar la obra
y llevar al buen Prelado
la nueva maravillosa.

CONCLUSIÓN

I

Era el ocho de Septiembre,
como nos han referido
las tradiciones, el día
en que observé aquel prodigio,
día en que la Iglesia canta
las glorias del Natalicio
de la Virgen, protectora
de aqueste pueblo escogido,
y el mismo día cesó
el espantoso castigo
de una terrible epidemia
que inmensos estragos hizo.

¡Dichosa, oh Córdoba, tú!
¡Dichosos todos tus hijos,
que en la Reina de los cielos
hallan á su mal alivio,
en la que es fuente de gracias
y baja como el rocío
de las celestes mansiones
dando amparo al desvalido!

Por orden del buen Prelado,
de la higuera, templo antiguo

cerrado por Dios, fué luego
 el depósito extraído;
 y sobre la *santa fuente*,
 de eternas glorias testigo,
 instrumento venerable
 de celestiales designios,
 labrar un humilladero
 dispuso, porque en el sitio
 donde la Virgen obrara
 sus portentos inauditos,
 recibiese bendiciones
 del pueblo favorecido.

Recogió luego en su seno
 la muerte al piadoso Obispo,
 á quien llamó el cielo *Sancho*
 y *Rojas* añadió el siglo,
 y habiendo testado, cuentan,
 so el compatente permiso
 del que sentado brillaba
 bajo el sólio Pontificio,
 hizo un piadoso legado
 para ofrecer culto digno
 á la milagrosa imagen
 que Dios descubrirle quiso.

Después en sede vacante
 tomó á su cargo el Cabildo
 de la Iglesia cordobesa,
 con religiosos designios,
 recoger gruesas limosnas
 del pueblo, que agradecido,
 con pródiga mano daba

lo supérfluo... y lo preciso
 para atender de la Virgen
 al puro culto divino,
 y sobre el humilladero
 brilló, casi de improviso,
 sostenido en cuatro naves
 un anchuroso edificio,
 cobijando aquella fuente,
frente de tantos prodigios.

Luego al ver que cada día
 del pueblo reconocido
 la devoción se aumentaba,
 y al ver que eran infinitos
 los estupendos milagros
 que contaban conmovidos
 los cordobeses, dispuso
 con santo celo el Cabildo
 edificar una iglesia
 en aquel célebre sitio.

A la sazón convidada
 por el nombre ya extendido
 de estas aguas milagrosas,
 la Reina de España vino,
 que enferma, hallar anhelaba
 á sus dolores alivio;
 y al recobrar la salud,
 ricas donaciones hizo
 de primorosas alhajas;
 entre ellas, de oro exquisito,
 una corona á la Virgen
 regaló, y otra al divino

Infante que entre sus brazos
tiene, Rey del Paraíso.

También mandó levantar
en aquel campo, contiguo
al edificio sagrado,
un hogar nada mezquino,
donde hospedarse pudiesen
los viajeros que atraídos
por la fama visitaran
aquel celestial recinto.

Con tan felices apoyos,
bajo tan bellos auspicios,
tuvo comienzo la obra
del sacro templo bendito,
que á mediados terminóse
del siglo décimo quinto,
y en sus elevadas naves
hoy recibe los suspiros
de los que humildes demandan
de la Virgen los auxilios.

Edificada la iglesia,
al punto fué conducido
á su recinto sagrado
el depósito divino
de la milagrosa imagen
con general regocijo.
El pueblo, lleno de gozo,
entonaba dulces himnos
á la inmaculada Madre
y al bello increado Hijo,
en quienes vió sus Patronos

desde aquel instante mismo.
Las blandas auras besaban
con arrullos peregrinos
los piés de la hermosa Reina,
de los ángeles hechizo,
y la enviaban las flores
aromas nunca sentidos;
y el sol desde el alto trono
do preside al raudo giro
de los planetas, lanzaba
nuevo magestuoso brillo.

II

Y el pueblo en honor del hecho
que le dió ventura tanta,
del hondo abismo en despecho,
celebra, de amor deshecho,
la *feria de la Fuensanta*.

Y cada año en aquel día
cuya luz fué la primera
en saludar á María,
va al templo con alegría
y devoción verdadera.

Y con fe pura y ardiente,
inundado en dulce gozo,
después de humillar la frente
á Dios, visita la *fuenta*,
hoy ya convertida en *pozo*.

Que de esta fuente de amor
el cristalino raudal
es bálsamo extirpador
de todo humano dolor
y alivio de todo mal.

Y el alma purificada
por la ferviente oración
en esta santa morada,
goza luego alborozada
de inocente diversión.

Pues no mancha estas escenas
repugnante estupidez,
que á torpes vicios ajenas,
pasan de delicia llenas
y agradable sencillez.

Nunca la brutal pasión
con desenfreno levanta
su faz de horrible dragón,
que anima la diversión
la Virgen de la Fuensanta.

III

Hermosa Reina del brillante cielo,
del bien y la virtud eterna aurora;
astro de paz y fuente de consuelo
para el que triste y desdeñado llora;
mi mente quiso remontar el vuelo

hasta tocar tu planta protectora
é inundada de amor y de esperanza
cantarte dulces himnos de alabanza.

¿Y qué mortal afortunado pudo
mirar la eterna luz de tu belleza?
A mi canto, terreno, torpe y rudo,
nadie pida que alabe tu grandeza.
Postrarse ante tus piés humilde y mudo,
adorar en silencio tu pureza
y bendecir en éxtasis tu nombre,
es el destino reservado al hombre.

Mas si la voz ferviente que te envía
en lágrimas de júbilo bañada
el pueblo amante que en tu amor confía
puede subir á tu inmortal morada,
óyela por piedad, que es, oh María,
de tus hijos la voz enamorada,
y humildes piden á tus piés de hinojos
que no apartes jamás de ellos tus ojos.



Al desierto de las Ermitas de Córdoba



Al Desierto

DE LAS ERMITAS DE CÓRDOBA

SALVE, mansión hermosa,
donde el alma inundada de alegría
en dulce paz reposa;
deja que el alma mía
la esencia beba en tí de la poesía.

Deja que aquí mi pecho
descanse del afán de las pasiones,
y en lágrimas deshecho,
con santas oraciones
me olvide de este mundo de ilusiones.

Yo traigo una plegaria
de que será divina mensajera
tu brisa solitaria,
esa brisa ligera
que ufana sube á la celeste esfera.

Ya aquí, lejos del mundo,
en su retiro misterioso y santo

da treguas mi profundo
dolor, y el dulce encanto
templa las amarguras de mi llanto.

La santa penitencia
aquí del hombre fortalece el alma;
y pura la conciencia
y el corazón en calma,
recibe el justo inmarcesible palma.

Y sin el vano ruido
de las fiestas y danzas de la corte,
el corazón movido
por celestial resorte
busca de Dios el milagroso norte.

Tú que el sol encendiste
con sólo una mirada de tus ojos,
tiende la mano al triste
que va pisando abrojos,
sembrando halagos y cogiendo enojos.

Deja que mi alma eleve,
Señor, en este rústico retiro
y que la brisa lleve
volando en raudo giro
mi corazón al cielo en un suspiro.

Deja que entre las flores
que manso besa suspirando el viento,
de célicos amores
al revolár sediento
se pierda en un edén mi pensamiento.

¡Oh! Seductoras peñas
que haceis brotar á la azucena pura
entre salvajes breñas:
jamás la brisa impura
ajar podrá vuestra eternal verdura.

Que el rey de los pastores,
del sol sentado sobre el aureo disco,
hace nacer las flores
en este oculto risco,
do tienen sus ovejas dulce aprisco.

Aquí más puro el cielo
es, y más fresco el vagoroso ambiente;
y arrastra el arroyuelo
flores en su corriente
y tiene arrullos la llorosa fuente.

Aquí cantan las aves
gozosas, al volar de rama en rama,
con ecos más suaves;
y el sol temple su llama
y en lluvia de oro y perlas se derrama.

Bajo tan regio manto
vive la austeridad; el sacrificio
se mira sin espanto;
oculto está el cilicio
que mata en germen el funesto vicio.

¡Oh yermo donde anida
la candorosa fe; do la esperanza
de su verdor ceñida,
sin miedo á la mudanza
del mundo, vive en plácida templanza!

Cuántos nobles varones
 por su cuna y sus hechos estimados
 dejaron sus blasones,
 rasgaron sus brocados
 y en tu seno vivieron olvidados.

Eres el aura hermosa
 levantada del mundo en el desierto;
 y el alma que afanosa
 huye el peligro cierto,
 tiene en tu asilo su seguro puerto.

Por tu verdec querido,
 cándida y pura la paloma bella
 deja su blando nido
 con lánguida querella
 y las auras también gimen con ella.

Y de ese altar inmenso
 que con sencillas flores se engalana,
 sube á Dios el incienso
 de la oración humana
 envuelto en el fulgor de la mañana.

Y cuando ya su frente
 oculta el sol tras el ramaje umbrío,
 manda el Omnipotente
 el celestial rocío,
 que vuelve al corazón su heróico brío.

Bendito el que hermosura
 al cielo dió, y al ave seductora
 su mágica dulzura,
 y á la rosada aurora
 las ricas perlas que riendo llora.

Bendito quien al hombre
 á mares dió su luz; mi débil canto
 para alabar su nombre
 con efusión levanto,
 unido al coro del Empíreo Santo.



A la Resurrección de Jesús



A LA RESURRECCIÓN DE JESÚS

DE las fúnebres sombras de la muerte
brotó un sol y los cielos ilumina;
de una tumba glacial, el varón fuerte
que anuncia al mundo la verdad divina:
salve, oh Jesús, portento de Judea,
bendito Adán en tu sepulcro sea.

En esa clara, milagrosa fuente,
bajo la tierra frágil escondida,
si el hombre inclina su soberbia frente
bebe las aguas de la eterna vida.
¡Oh manantial de gloria soberano
que á Dios elevas el linaje humano!

Amoroso Jesús, por quien el hombre
dorado asiento en el Empíreo toma;
que si al mundo descienes, es tu nombre
óleo vertido de agradable aroma;
siente fuiste que escondiera el suelo,
hoy lirio naces perfumando el cielo.

Los clavos que atrevidos traspasaban
tus piés gloriosos y tus manos bellas;

las espinas que ayer te coronaban,
vierten luz convertidas en estrellas,
y en blancas, puras y olorosas flores,
diadema del amor de los amores.

La débil caña que en tu noble mano
colocó la insensata muchedumbre,
sierva vil de los gustos del tirano,
del sol hace brotar la ardiente lumbre;
la puerta horrible del abismo cierra,
al cielo da esplendor, paz á la tierra.

Se cumplieron las santas profecías;
se acabaron las horas de amargura;
la gloria nace, como vió Isaías,
del seno de tu egregia sepultura;
de allí saldrán los tronos y las leyes
y hermanados los pueblos y los reyes.

Allí brota la luz, brota la ciencia
y el númen del amor y la templanza;
allí renueva el hombre su existencia;
allí sus alas tiende la esperanza,
y se escucha la mágica armonía
que al dulce Empíreo nuestros pasos guía.

Un ángel bello en tu sepulcro vela,
y la espléndida lumbre de la aurora,
descendiendo purísima, riela
en su cándida veste brilladora:
las piadosas mujeres le miraron
y estáticas de júbilo quedaron.

El templo puro de tu cuerpo hermoso
que al dragón infernal hiela y espanta,

si hundido ayer, hoy fuerte y poderoso,
á la región del cielo se levanta,
y pronto en él con himnos celestiales
se habrán de unir, hermanos, los mortales.

Oh adorado Jesús, inmarcesible
flor de José que con perfume eterno
doquier disipas la ponzoña horrible
de los gigantes mónstruos del Averno:
hoy henchido de amor, santo y fecundo,
en tí renace para siempre el mundo.

NOTA.—Por no haberse podido obtener el manuscrito de esta composición hasta muy adelantada la impresión del primer volúmen, se le dá colocación en este lugar, en vez de tenerla después de la poesía consagrada *A Jesús en su muerte*, siguiendo á la página 111. Débese su hallazgo á la diligencia del Sr. D. Ricardo Montis, uno de los amigos del autor más interesado en la publicación de sus escritos.



ÍNDICE

	Páginas
PRÓLOGO.	I
Adán y Eva.	1
El sacrificio de Abraham.	21
A la Inmaculada Concepción de M. ^a Santísima.—Oda.	37
La Noche-Buena.—Egloga.	53
Al glorioso Patriarca Señor San José.	61
A la entrada triunfante de Jesús en Jerusalem.—Oda.	67
La Santa Cena.	77
A Nuestra Señora de los Dolores.	81
A Jesús en su agonía.	89
A Jesús en su muerte.	95
La venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles.—Oda.	99
A los hermanos mártires San Acisclo y Santa Victoria.—Oda.	113
Al mártir y escritor cordobés San Eulogio.—Oda.	121
Al Arcangel San Rafael.—Soneto.	133
Las dos almas viajeras.—Leyenda religiosa.	137
A Santa Teresa de Jesús.—Sonetos.	143
La Fé y la Indiferencia.	147
La Virgen de la Fuensanta.—Leyenda histórica de Córdoba.	151
Al desierto de las Ermitas de Córdoba.	193
La Resurrección de Jesús.	201